

de los jesuitas es el de la relación de éstos con Galileo Galilei a comienzos del siglo xvii. Por ello, los cinco primeros capítulos del libro describen las aportaciones de los jesuitas a la ciencia antes de la supresión de la Compañía en 1773, en especial en matemáticas, astronomía y física. Dos figuras clave de esa época son Athanasius Kircher y Roger Boscovich (capítulo 3).

En los 600 colegios que tuvieron los jesuitas en Europa durante los siglos xvi al xviii, se instalaron treinta y dos observatorios que fueron los primeros en algunos países. El capítulo 4 presenta un muestrario de los matemáticos y astrónomos jesuitas en China. Allí, después de la llegada de Matteo Ricci a Pekín en 1601, y dada su impronta en la Corte Imperial, los jesuitas fueron durante siglo y medio los directores del Observatorio Imperial y se les concedió la categoría de mandarines.

También tuvieron gran importancia los jesuitas naturalistas, geógrafos y exploradores. A ellos se dedica el capítulo 5. El hecho de la llegada de los europeos al nuevo continente americano abrió a los jesuitas un nuevo campo de misión. Y con su interés por el conocimiento y las ciencias, abrieron bibliotecas y tuvieron posibilidad de estudiar y dar a conocer en Europa las características de la geografía, la fauna, la flora y las costumbres de los habitantes de América. Los intrépidos misioneros jesuitas, adentrándose en territorios desconocidos hasta entonces, exploraron desde el Canadá a la Patagonia. Fueron los primeros europeos en recorrer los grandes ríos del Mississippi, del Amazonas y del Orinoco. Su interés por la geografía les llevó a confeccionar los primeros mapas de América, así como de Filipinas (el andaluz Pedro Murillo Velarde), de China, la India, el Tíbet y Etiopía. Este inmenso trabajo se vio interrumpido en 1773 con la supresión de la Compañía.

A partir de 1825, tras la restauración de la Compañía en 1814, los jesuitas renovaron su interés por las ciencias naturales y sociales y por las matemáticas. En el campo de las ciencias de la naturaleza, los nuevos jesuitas crearon una red de setenta observatorios por todo el mundo, a lo que se dedica el capítulo 6. Con un carácter monográfico,

se destacan las aportaciones desde África, Asia y América Central y del Sur al conocimiento de los ciclones tropicales (capítulo 7), al estudio de los terremotos (capítulo 8) y a la interpretación del magnetismo terrestre (capítulo 6).

Entre los jesuitas científicos destacados en estos dos siglos (a los que se dedica el capítulo 9) se recuperan los nombres de Angelo Secchi, pionero de la astrofísica; Stephen J. Perry, en geofísica y astronomía; James B. Macelwane, en sismología; y Pierre Teilhard de Chardin, en geología y paleontología.

En las 133 universidades y más de 400 colegios jesuitas en todo el mundo los miembros de la Compañía de Jesús siguen hoy activos en la ciencia y en la investigación científica, como algo que no les es ajeno, y donde pueden establecer relación con los ambientes a veces alejados de la Iglesia. A esto se dedica el capítulo 9.

Al finalizar este recorrido histórico a lo largo de 500 años, queda flotando la pregunta: ¿cómo explicar esta tradición científica única en la Iglesia católica por sus características? En el epílogo que recapitula todo lo dicho se apunta una respuesta. La raíz de todo ello se podría encontrar en la espiritualidad ignaciana que trata de encontrar a Dios en todas las cosas. Los jesuitas —tal como formuló el papa Benedicto XVI— deben estar en las fronteras donde es más vivo el debate entre la fe y la justicia. La reconciliación de la humanidad con la naturaleza, consigo misma y con Dios pasa por una insistencia en la investigación científica. Como formula Udías en este libro: «El trabajo paciente en observatorios y laboratorios es para el jesuita tan propio como el predicar y administrar los sacramentos. La ciencia como conocimiento y como instrumento en bien de la humanidad y de la propagación de la fe cristiana ha sido a lo largo de esta larga tradición un camino por el que los jesuitas se han atrevido a caminar». —LEANDRO SEQUEIROS.

DOMÍNGUEZ, ATILANO, *Spinoza. Obras Completas y Biografías*, Vive Libro, Madrid 2015. 1004 págs.

Cuando en su navegación por la historia de la filosofía llega a Descartes, Hegel anuncia

«¡Tierra a la vista». Poco después, dentro ya de la filosofía moderna, afirmará que «quien no sea spinozista no tiene filosofía alguna». De hecho, desde el comienzo y a ritmo creciente, desde sus biógrafos a sus estudiosos Spinoza se convirtió en signo de contradicción. Hasta hoy. Borracho de lo Absoluto, que trata de verlo todo *sub specie aeternitatis*, su filosofía fascina por la fuerza de una intuición inagotable y, en no menor medida, por la consecuencia vital con que la vive y la sostiene. Al mismo tiempo, la rígida vestidura lógica *more geometrico* en que la envuelve y expone no deja de suscitar inquietud y discordancia, desde la acogida entusiasta, hasta la acusación de estatismo, incoherencia y aun contradicción. Por eso, su obra sigue vigente, sugeridora e inquietante. Ninguna cultura que se precie puede ignorarla.

En la Península Ibérica, ayudando también su origen portugués, no ha faltado su presencia, con un buen elenco de traducciones. Pero, aunque se enuncien repetidamente sus «obras completas», la verdad es que, fuera de los cinco tomos de la traducción meritoria pero desigual y no siempre originaria de M. Calés y O. Cohan (Buenos Aires 1977), se hacía sentir la carencia. A suplirla llega, quizás algo tarde pero oportuna, la traducción de Atilano Domínguez.

El título, *Obras Completas y Biografías*, lo anuncia. Traducidos los textos directamente del latín y del holandés, deja sólo fuera el pequeño e inabado tratado de *Gramática hebrea* (sin relevancia filosófica), son completados por las primeras biografías. Tomando como base la edición clásica de Gebhardt, no deja de contrastarla cuando es preciso con las más recientes de Akkerman y Mignini. El autor no llega de nuevas a la tarea y lo que ofrece es, en el fondo, fruto de toda una vida: desde su tesis doctoral *Conocimiento de salvación. La filosofía de Spinoza* (U. Complutense, Madrid 1973), son conocidas sus traducciones de todas las obras, que ahora se redondean y conjuntan, en una obra —literalmente— magna.

Magna físicamente incluso por el volumen —1004 páginas, de 210 x 297 mm, en tipo pequeño—, que ha permitido convertirla en una *auténtica enciclopedia*. En realidad, no será fácil encontrar una obra que,

en conjunción con los textos, permita una información comparable. La información se extiende no solo a los problemas textuales, sino también a la contextualización y la interpretación.

Lo hace con estilo sobrio, sin énfasis pero con la objetividad posibilitada por una información acumulada en más de 20 años de estudio. La Introducción General informa de la vida, del marco filosófico, religioso y político; pasa luego a un recorrido y caracterización sumaria de los escritos; estudia los problemas de interpretación de los escritos, así como el sentido y los problemas del sistema spinoziano; y, finalmente, expone los caracteres de la edición, el estado de los textos e informa del modo de utilizar los «instrumentos» que permiten sacar el mejor provecho de esta compleja pero cuidadosamente estructurada edición. Junto a la detallada cronología cierra la introducción una amplia bibliografía general, organizada en secciones y capítulos, que incluyen «Bibliografías, revistas, léxicos— diccionarios», ediciones, traducciones y estudios; y finalmente, vida, fuentes, judaísmo e influencias.

Las *Obras*, que constituyen el cuerpo del libro, van todas precedidas de una introducción particular, que, con las debidas variaciones en cada caso, aclara los problemas concretos de texto, contenido, interpretación y estructura. La *correspondencia*, 88 cartas en total, de las que el autor afirma que «en conjunto son la mejor fuente de información sobre su vida, sus obras y los primeros debates de sus ideas», está cuidada con especial esmero. Las *notas*, muy trabajadas y con densa información, van al final, siempre fácilmente localizables. Importante es también la decisión de indicar siempre la equivalencia con el tomo y la página en la edición de Gebhardt.

Las *Biografías* —Jelles, Bayle, Korholt, Colerus y Lucas, con una larga serie de «Noticias» paralelas —, antes publicadas, pero ahora en edición «revisada palabra por palabra y, por tanto, corregida y completada en todas sus partes», van también precedidas de un estudio crítico, que se detiene sobre todo en la del citado en último lugar, por su especial relevancia.

El autor ha dedicado un gran esfuerzo en dotar la obra de índices, cuadros y diversas correspondencias. Pone especial énfasis en la elaboración del *Índice analítico*, que «tanto por su amplitud y variedad como por su organización», considera «único en su género», porque recoge nombres propios, no solo los de personas, sino también de lugares y de obras; y comunes, no solo filológicos o teóricos, sino otros muchos de distintos campos del saber y de la cultura en general.

Si insisto en estos datos es porque pone de manifiesto el carácter realmente enciclopédico que marca acaso la mayor originalidad de esta obra; y, sobre todo, porque muestra que el resultado satisface la intención del autor: «El objetivo de este volumen es brindar a los lectores un 'Spinoza esencial', que he intentado plasmar en un estilo sobrio y con la objetividad y ecuanimidad, que eran también las por él

preferidas» (p. 36). Y, desde luego, creo que no es la amistad la que personalmente me mueve a afirmar que estamos ante uno de los grandes logros que enriquecen el panorama de la filosofía en lengua castellana. En realidad, se trata de uno de esos libros que de algún modo se hacen imprescindibles. Este lo es, en primer lugar, para los estudiosos de Spinoza. Pero, dada la amplia y universal problemática abordada y las numerosas referencias e informaciones con que el autor acompaña cada uno de los libros y los temas, puede resultar muy útil para aquellas personas que, sin ser filósofos o filósofas «de oficio», no renuncian a la preocupación por estas cuestiones que acompañan y acompañarán siempre a la humanidad. Y, desde luego, me atrevo a pensar que una obra de este calado no debería faltar cuando menos en las salas de consulta de nuestras bibliotecas. —ANDRÉS TORRES QUEIRUGA.